ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Carta mensual

Recuperar el vigor de la Iglesia real

1 de mayo de 2006

Hagamos un ejercicio sencillo de observación de la vida cristiana de nuestras comunidades: la familia ya no es capaz de introducir a los niños en un mundo transformado por la presencia y la actuación de Dios; es decir, no transmite en general la fe. Lo *normal* es que los niños, los adolescentes y jóvenes adquieran una visión del mundo privada de referencias religiosas, en las que Dios, Jesucristo, la Iglesia, la vida eterna y las características de una vida cristiana son realidades de segundo orden, no necesarias, no plenamente reales; en otros casos, las referencias religiosas son decididamente inexistentes y hasta perjudiciales.

Esta debilidad cristiana de nuestras familias es consecuencia de muchas razones: la propia debilidad de fe de los padres o la no adaptabilidad a un mundo nuevo, pero sin olvidar una cultura dominante, fuertemente influyente y determinante, que actúa sobre niños y jóvenes en cuanto asoman la cabeza fuera del recinto de la vida familiar. Vivimos en un mundo no cristiano, de indiferencia religiosa, de desprecio de la fe. Nuestra sociedad, como no cree en Dios, cree en cualquier cosa: el bienestar, el dinero, en definitiva en uno mismo, cada uno es Dios para sí mismo. Y todos sometidos al consumismo paralizador.

Todos estos factores secularizadores han entrado en la misma Iglesia con la complicidad de nuestros propios errores. La tentación actual es la de reducir el cristianismo a una sabiduría meramente humana, gnóstica, casi como una pseudociencia del vivir bien. En un mundo fuertemente secularizado, se ha producido *una gradual secularización de la salvación*, razón por la cual se lucha ciertamente a favor del

Los que quieren ser de verdad católicos coherentes saben que tenemos que anunciar el Evangelio en su integridad y, aunque este anuncio se hace gratuitamente, la acción de la Iglesia necesita también dinero, medios económicos. Muchos de estos medios van a una tarea de asistencia social encomiable de la Iglesia a favor de los más pobres; otros son necesarios para otros gastos pastorales y de sostenimiento de tantos templos. Pero no nos engañemos porque quieran engañarnos: ese dinero de la cruz que marca la casilla de la Iglesia católica es *únicamente* un tercio de lo que ésta gasta cada año y que viene de los fieles o de sus propios recursos por una buena administración.

Estamos viviendo un proceso de profunda purificación y transformación. Se derrumban muchas cosas construidas y mantenidas durante siglos. Apenas se ven los principios de otras nuevas construcciones. Pero están naciendo. Hay comunidades nuevas, jóvenes que viven su fe con entusiasmo y generosidad; renace en muchos sitios una religiosidad popular auténtica; los cristianos participan más profundamente en la Eucaristía, y existen por todas partes minorías vigorosas. No nos dé miedo el vernos pocos. El número no es lo decisivo. Lo decisivo es la autenticidad, el vigor, la plenitud de la vida de los cristianos. Atendamos de forma preferencial a la catequesis y la formación en la fe, celebremos la Eucaristía dominical dándole la importancia que le corresponde, favoreciendo la promoción espiritual y apostólica del laicado y cuidando especialmente las actitudes y los contenidos de nuestras actividades. El Señor hará lo demás, si encuentra en nosotros los colaboradores fieles que Él necesita.